

¿Es culpable la ciencia de los crímenes que se le imputan?

Por ALICE LARDE DE VENTURINO

Dos lustros atrás, conocí a un médico de aproximadamente 35 años. Era el Dr. X Jefe del Laboratorio de un importante Hospital de un centro minero chileno enclavado en plena Cordillera de Los Andes. Poseía impresionante preparación científica y pasaba la mayor parte del tiempo con los ojos incrustados en los microscopios, analizando la sangre y los esputos de las decenas de pacientes que concurrían a dicha casa de salud, para descubrir qué clases de bacterias o virus minábales el organismo. A la par, dedicábase con verdadero amor a estudiar a fondo los numerosos microbios de diferentes tipos y características que lograba aislar, haciendo de ellos especiales cultivos. Sus valiosas investigaciones e informes que permitían catalogar y conocer a perfección las diversas enfermedades del género humano, servía eficazmente al resto del personal técnico para dar a cada cual el exacto tratamiento que requería y salvar, de la muerte, a muchos de los interesados.

Cuando era necesario, el doctor X, abandonaba sus labores bacteriológicas y extendía los altruístas conocimientos y esfuerzos científicos suyos, a otras ramas de la medicina, reemplazando a sus colegas que por algún motivo encontrábase ausentes. Así, en caso de producirse en el citado mineral cupífero algún grave accidente, brindábase para socorrer a los trabajadores afectados como cirujano eminente, actuando con pericia y sin dilación en los más difíciles casos en los que se veía obligado a amputar piernas, brazos o manos o a llevar a cabo cualquier otra operación complicada de gran responsabilidad. A toda hora de la noche o del día, siempre hallábase dispuesto a prestar sus servicios generosamente. De esa suerte, eran incontables los individuos a quienes él arrancaba de las propias garras de la "devoradora de vidas."

No obstante, el joven investigador era un atormentado. De rebote del tremendo fracaso que había sufrido respecto de la concretización de las nobles aspiraciones suyas, vivía eternamente amargado. El, como es natural, dada su profunda vocación y preparación científica, había soñado trabajar en algún centro de investigaciones que tuviese vigorosas radiaciones universales. Pero como por desgracia, no existían en el país instituciones de tal magnitud, habíase obligado a ir a desarrollar sus actividades profesionales en un Laboratorio hospitalario, ubicado en la coronilla de Los Andes, lejos de los focos civilizados en donde, si es verdad que había otros profesionales no eran verdaderos investigadores y hombres de ciencia como él. Tenía, pues, que vegetar en esas desoladas zonas, efectuando casi una labor oscura, que no pasaba más allá, de las cuatro paredes del famoso yacimiento. Esto llenábase de intensa tristeza; de angustiosa desesperanza y de hosco disgusto, que poco a poco fueron intoxicando el espíritu con los terribles vahos arrojados por sus propias células en sordas acciones y reacciones provocadas por las silenciosas iracundias internas. La inconformidad de su obligada situación que no podía solucionar de acuerdo a los anhelos suyos, sin que él se diese cuenta iban minándole la firmeza moral y produciendo evidentes desequilibrios psíquicos. Y como no le era dable protestar a gritos contra su mala suerte descargando los odios y rencores que lo martirizaban, sobre los compañeros de trabajo o los seres que rodeaban, dábales escape de otra manera y esa víctima resultaba ser, por tremenda ironía, la propia Ciencia, a la que amaba tanto. El odio y reconocimientos que no podía desahogar contra los hombres, acumulábalos para descargarlos contra ella.

A tal grado llegó su tormento y agudo pesimismo, que comenzó a mirarla como un monstruo infernal, malévolos y dañino. Apoderóse de su alma un extraño terror y repulsión enconada, que obligábanlo a maldecir, interiormente, cada uno de los magníficos avances que la Ciencia lograba realizar en sus diversos campos. Era como una rara psicosis que perturbaba sin cesar su intelecto, quitándole la paz del espíritu. Velábase a diario, después de terminados sus trabajos o en los escasos días de descanso, vagar cual un misántropo sin compañía alguna, por todos los cerros contorneantes. A veces sorprendíale la noche y su silueta en negro recortábase de pie, henchida de emocionante soledad, en alguna de las altas cumbres mineras, como un extraño dios que miraba hacia el mundo estremecido de horror e indignación, gesticulando e inculcando a la Ciencia de nefan-

dos crímenes que jamás, por sí sola, había cometido ni pensado cometer...

Sin embargo, a pesar de esas fugaces "huidas" de la Tierra, el Dr. X, no lograba serenar su espíritu enloquecido de angustia y silenciosa desesperación...

Un día de tantos me lo encontré en su Laboratorio. Estaba, como siempre, dedicado en cuerpo y alma a sus investigaciones. Había ido yo a buscarlo expresamente para darle a conocer mis descubrimientos y procedimientos de investigación científica en el sistema ocular IN VIVO y a interesarlo para que me ayudase en ellas.

Por desgracia, a pesar de su aparente tranquilidad, lo hallé en una de sus crisis psíquicas más agudas y desconcertantes; crisis que él procuraba en vano calmar entregándose de lleno a sus trabajos cotidianos.

Al terminar de exponerle el motivo de mi visita, me gritó a quemarropa como impulsado por un resorte mágico incontrolado: Pero... ¿por qué se dedica usted a las investigaciones científicas?

¿Qué saca usted con ello? ¿La Ciencia es un crimen y debe desaparecer! ¿No ve, acaso, los monstruosos horrores que están cometiendo contra la Humanidad? ¿Pueblos enteros destruidos por la metralla! ¡Ciudades indefensas en llamas, arrasadas por la bomba atómica!

Y si eso fuera poco, los sabios modernos prosiguen esforzándose por perfeccionar la de hidrógeno que es aún más terrible y de mayor potencia destructora que aquella! ¿No ve, acaso, que están tratando de descubrir y apresarse los más mortíferos rayos cósmicos con el objeto de hacer desaparecer en un segundo a las naciones que pueblan la Tierra? ¿La Ciencia es un crimen, convéncase! ¡Es la destrucción, la ignominia, la negación del bien, el entronizamiento del mal y la Humanidad no necesita de ella para vivir en paz, sin sobresalto alguno como Dios quiere!

Guardando silencio lo dejé hablar hasta que desahogara por entero su pobre corazón, oprimido; que desahogara su angustia como un volcán recién despierto y en necesaria erupción para conservar el equilibrio interno! ¡Sabía cuánto sufría, sin tener junto a sí a nadie con quien desahogarse; sin contar con un ser comprensivo a quien confiar su congoja y desesperanza por el futuro de la Humanidad que consideraba sombrío... Al contrario, muchos eran los que relance de él, incluso los que denominábanse "amigos" suyos, llamábanlo "loco", "ente extraño", "neurótico", "maniático", etc.

Al ver sus ojos henchidos de lágrimas, se conmovió profundamente mi alma. Cuando dejó de hablar, le respondí con dulzura: ¿Cómo es posible, doctor, que usted siendo tan joven, inteligente y culto, diga tales cosas? Su misma diaria actitud y dedicación completa a las investigaciones científicas, gracias a las cuales es posible hacer tantísimos bienes al género humano, les están dando un vigoroso mentís a sus propias palabras...

¡La Ciencia no es el crimen, como usted acaba de afirmar en un arranque de desesperación! La Ciencia es el bien y el amor; es la sabiduría puesta al servicio de la Humanidad; ¡es el equilibrio de las fuerzas descontroladas, sin la cual no podrían vivir las sociedades étnicas sobre la Tierra ya que precisan de ella para su mejor organización! — Tampoco los seres que las forman podrían subsistir individualmente ni en congregaciones familiares ni nacionales, ya que también necesitan de sus descubrimientos y experiencias en medicina e higiene para curarse de las enfermedades corporales y mentales y salvarse de la locura, de la muerte y del caos. No debemos, culpar a la Ciencia por los crímenes que ella como tal no ha cometido y los científicos, entre los cuales cuéntase usted, con mayor razón, son los llamados a defenderla y a luchar por aclarar el erróneo concepto que se está formando acerca de ella en los últimos años.

Y quíenes, entonces, son los culpables de tantas monstruosidades... me gritó de nuevo, preso del frenesí y el desaliento. ¡Los propios hombres! — le respondí—; los malos hombres, los perversos y ambiciosos; son los hombres enloquecidos por la monstruosa codicia y la sed de poder y dominación, los reales y únicos culpables! Es el odio irreprimible que les gangrena en el alma; las explosiones nocivas que estallan en sus corazones sedientos de venganzas, poderíos y expansión! Son los hombres de sentimientos endurecidos que no saben de amor ni les importa el destino de la Humanidad y apenas persiguen la satisfacción de sus bajos instintos...

Ellos, que han utilizado

"Dios ha dado al hombre la facultad de investigación con el objeto de que pueda ver y reconocer la verdad. El ha dotado al hombre con oídos para que pueda escuchar el mensaje de la realidad y le ha conferido el don del razonamiento para que pueda descubrir las cosas por sí mismo. Esto constituye su dotación y equipo que le permitirán investigar la realidad. El hombre no está supuesto a ver con los ojos de otro, a escuchar con los oídos de otros, ni a comprender y pensar por intermedio del cerebro de otro. Toda criatura humana tiene dotes individuales, poder y responsabilidad dentro del plan creativo de Dios. Por consiguiente, depende de vuestra propia razón y juicio adherirse a los resultados de vuestra propia investigación; de otro modo os encontraréis completamente sumergidos en el mar de la ignorancia y desprovistos de todas las bondades de Dios. Volvéos hacia Dios y humildemente, a los pies de su altar; suplicadle os asista y confirme a disipar los velos que oscurecen vuestra visión. Sólo entonces vuestros ojos recibirán iluminación; cara a cara, contemplaréis la realidad de Dios y vuestro corazón se purificará completamente de la escoria de la ignorancia, y reflejará las glorias y las bondades del reino de Dios."

'ABDUL'BAHA.

La Fé Mundial Bahá'í ALAJUELA

Martes - 7:30 ABIERTO AL PUBLICO. — 50 varas Sur de la Escuela Ascensión Esquivel (Teléfono 214, después de las 7 p.m.)

a la Ciencia para cometer daños irreparables en el mundo, efectuando actos dignos de las más feroces fieras prehistóricas.

Pero más que ellos mismos, hay una causa fundamental más grave en estos hechos delictivos. La verdadera culpable de tales yerros reside en una tremenda falla que ha tenido la educación que ha venido impartiendo en los centros de enseñanza desde hace centenares de años atrás.

Esta derivase del hecho de que ningún gobernante de la Tierra se preocupó por amor de inculcar en el corazón de sus respectivos pueblos los sentimientos del Deber, de la Responsabilidad y de la Confraternidad Humana e "interpoblina".

Los colegios y escuelas apenas concretáronse y continúan en la novicia tarea, de impartir a los niños y jóvenes, que luego van pasando, de generación en generación, a substituir a los ciudadanos y gobernantes, una enseñanza, estrictamente individualista, esto es, para servirse y beneficiarse apenas a sí propios y no a la colectividad en que viven.

Han ido saliendo de los centros de enseñanza, llevando en sus cerebros muchos conocimientos, pero con el corazón vacío de esos grandes sentimientos y principios de humanidad que despojan a los hombres de sus naturales agresividades tornándolos seres útiles para su Patria y semejantes.

Completamente huérfanos del sentido del Deber y Responsabilidad, carentes de altruismo y del respeto para los congéneres suyos, no pudieron hacer más que lo que hasta ahora han hecho: servirse a sí propios, despojados de todo escrúpulo, salvo, claro está, algunas honrosísimas excepciones que constituyen un timbre de honor; porque en verdad es un axioma, que nadie puede dar de sí lo que no lleva dentro ni le enseñaron jamás a practicar.

Pero usted, doctor, no debe creer que todo está perdido y sólo reina el Mal y la Perversidad. No. De ninguna manera. Existen también corazones nobles y espíritus luminosos que trabajan en beneficio colectivo, altruístamente y sólo por el sagrado anhelo de hacer el bien mismo, sin esperar ninguna recompensa a sus desvelos.

Usted doctor, es uno de esos magníficos ejemplares y debe darme la razón con la explicación que acabo de brindarle, de que no debemos culpar a la Ciencia por los crímenes que en su nombre cometen los científicos inescrupulosos. Es necesario reconocer que al lado de los que buscan afanosos los elementos necesarios para crear artefactos bélicos pavorosos y destructores, están los que laboran únicamente para arrancarle a la Naturaleza sus secretos y ponerlos al servicio de la Humanidad.

El horror apocalíptico que trajeron consigo las dos últimas guerras, ha conturbado el espíritu humano obliterando la verdad de los hechos, y a los pueblos que han sufrido en carne propia los horrores desatados por las potentes armas destructoras y las consecuencias inmediatas que les han producido: el crimen individual o colectivo; el hambre, la prostitución, la miseria, la demencia, la muerte, y

tremendas psicosis en masa desatadas, responsabilizan a la Ciencia y la temen. De ahí que enorme porcentaje de individuos les hacen erradamente la guerra.

La Ciencia, — dicen aquellos también como usted amigo mío — es la que contribuye a crear instrumentos mortíferos con los cuales efectuar horribles carnicerías humanas en los frentes de batalla y en los pueblos indefensos; con ello convierten en ruinas las ciudades inermes y transforman las tierras fecundas que alimentaban a millares de seres, en globos estériles a causa de los bombardeos que las crivan de incontables fragmentos metálicos. Los hombres de ciencia sólo se preocupan por descubrir materiales con que matar a la gente; de ahí que hay que dar muerte a todos los científicos — agregan los más exaltados — para que termine esa loca carrera destructiva.

Tenemos que salvar la civilización creada con tantos dolores a través de siglos de esfuerzos y experiencias durísimas y el único medio de lograrlo es haciendo desaparecer del Universo a todos los investigadores y sabios. El mundo puede vivir sin ellos y sin Ciencia y hay que suprimirlos!

Ya ve, doctor X, que no es sólo usted el que blasfema y clama contra ella. Pero esto es un tremendo absurdo. La Ciencia es necesaria para la propia vida de la Humanidad. Todos los beneficios de que hoy gozamos en salud, bienestar y comodidad, se lo debemos a ella: la luz eléctrica, la radio, el telégrafo, los barcos, los aviones, ferrocarriles, aparatos eléctricos de toda clase para las industrias y el hogar: cocinas, lavadoras, hornos, refrigeradoras, etcétera, son sus mejores obsequios, sin contar con los progresos que realizan los investigadores de alma sana y bien respecto de las incontables medicinas que nos salvan de la muerte; la técnica que ayuda a los individuos a efectuar sus trabajos en menos tiempo, con superior eficiencia y menos desgaste de energías, las ciencias sociales; los conocimientos de las leyes físicas universales, las astronómicas, geológicas, viales, hidráulicas, etcétera cooperan a hacernos una existencia más llevadera y útil.

Ahora, doctor, usted debe dejar atrás su pesimismo y ayudarnos a luchar para que se imponga en el mundo el verdadero concepto de la Ciencia y a crear, además, otra Ciencia que neutralice los horribles males que pueden derivarse de algunas de sus duales cualidades: la Ciencia del elevado Amor entre los hombres y pueblos dispersos sobre la faz del planeta, que ahora revuelcábase entre el más espantoso caos y psicosis agudas que padecen los hombres sumergidos en las desesperanzas producidas, de rebote de las angustias emanadas a causa de la amenaza e incertidumbre de una tercera guerra mundial y de graves y encontradas ideologías.

NOTA DE LA DIRECCION: Este artículo fue dado a conocer en el "Diario Latino", de San Salvador, el 12 de abril de 1955. Así nos lo advierte su autora, nuestra muy ilustre amiga, la doctora doña Alice Lardé de Venturino, al enviárnoslo para su publicación.

ALGO NUEVO!

Original!

Restaurant HO-KON

VISITENOS Y SABOREE LOS EXQUISITOS PLATOS

Confeccionados por nuestro experto culinario
PRECIOS PARA TODOS LOS BOLSILLOS
Y PARA TODOS LOS GUSTOS.
Contiguo al Bazar Chino 225 vs. Oeste Botica Francesa

Ayude a sostener el

HOSPICIO de ANCIANOS DE LA CIUDAD DE ALAJUELA

DOCTOR

Henry López L.

CIRUJANO DENTISTA

RAYOS X

— ALAJUELA —

LA CASA "HOOVER"

Cumple una misión social al producir sus artículos para ser vendidos a precios módicos y con facilidades de pago.

LA UNICA LAVADORA ELECTRICA EN EL MUNDO QUE SE VENDE A C 750.00 SETECIENTOS CINCUENTA COLONES

La clásica enceradora y pulidora de pisos que cada día se vende más a C 425.00 CUATROCIENTOS VEINTICINCO COLONES

Aspiradoras con todos sus accesorios desde C 450.00 CUATROCIENTOS CINCUENTA COLONES

Distribuidor Exclusivo:

ENRIQUE LIMOSNER A.

50 varas al Norte del Correo
Teléfono 4433 -:- Apartado 2783 San José

TALLER DE COSTURA -:- ROPA INTERIOR DE SEÑORA -:- BRASIERES SUPER - FORM

CARMEN DE ARCE

TELEFONO 6197 -:- APARTADO 569
AVENIDAS 5 y 7 — Calle 24 Bis — SAN JOSE

SE HACEN BRASIERES EN TODOS ESTILOS A LA MEDIDA

La SEVILLANA

VIVERES Y LICORES FINOS

Teléfonos 4111 - 1762

SAN JOSE

MUEBLERIA EL HOGAR

Frente al Bar Azul, Le Ofrece

JUEGOS DE ANTE-COMEDORES IMPORTADOS EN 20 DIFERENTES COLORES Y ESTILOS AL CONTADO Y LARGO PLAZO

APARTADO 1384 San José TELEFONO 3339

MEDIAS NYLON

Usted HACE EL RIDICULO y tira su dinero a la calle si usa medias vulgares de segunda calidad.

Luzca elegante y distinguida con nuestras Medias Nylon en primeras calidades y marcas de prestigio.

TIENDA "LA NORMA"

Teléfono 2283 — PRADA & CIA. — Avenida Central

— SAN JOSE —